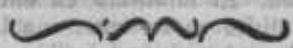


EL AMANTE DE LA CONSTITUCION
VINDICADO,

6

IMPUGNACION AL PRIMER PAPEL DE F. R.



Sobri estote, et vigilate; quia adversarius vester diabolus tamquam leo rugiens circuit, quaerens quem devoret.

(S. Petr. cap. 5. v. 8.)

Estas palabras que el apostol S. Pedro fundador de la iglesia católica dirigia á su reciente rebaño, para confortarlo en los primeros pasos de la ley del crucificado, son las mas propias para aconsejar á un pueblo incanto, seducido con los vanos prestigios de un celo espurio. Muchas veces el demonio disfraza sus asechanzas con el ostentoso brillo de las esterioridades, y consigue con este ardid triunfos superiores á sus fuerzas. La supersticion y falsa probidad militan en sus banderas; y á merced de sus alhagos, y afectada parsimonia, se insinúan sin violencia en el corazon de algunos entusiastas poco prevenidos. ¡Cuan de temer es que el autor del papel intitulado contra el amante de la Constitución, logre sobre los sencillos una victoria ventajosa!

El y sus secuaces, indignos de habitar en el feliz suelo, fecundado por el aura constitucional, son acreedores á nuestro eterno oprobio y execracion; pues á mas de carecer de las virtudes sociales, que deben formar el caracter de un legitimo español, abrigan en su pecho las ideas mas impolíticas, demostrando en todas ellas la poca precision en arreglarlas á una dialéctica exacta. Unos escolasticones bárbaros é inciviles, unos místicos intrusos, desnudos de toda caridad fraterna, y unos serviles sanguinarios, fieles adictos á las máximas de un gobierno ya proscrito, son los que aco-

2
giéndose á sagrado, y abusando de la sacrosanta inmunidad de la religion revelada, acusan de impíos y temerarios á los hombres de bien, que con el corazon en la lengua y la cabeza en la mano, manifiestan á un pueblo, tantas veces engañado, las cabalas é intrigas con que cuatro egoistas han triunfado del honor y sencillez, de unas almas alucinadas con el falso brillo de la ignorancia.

Ciudadanos! estos mentidos católicos son los ministros perversos de Becebú. El idiotismo en unos, la malicia en otros, y la falsa política en los mas, son la poderosa égide con que el demonio cubre á sus satélites, para coronar sus triunfos. Si, su zafacidad advierte que el único camino para llevar tras sí á un pueblo religioso, es ocultarle el veneno, y confeccionar el tósigo mortífero bajo las apariencias lisonjeras de una adhesion inviolable á las máximas de Jesuista; y só color de religiosidad, celo prudente y sana moral obliterar en nuestros ánimos las placenteras ideas de una libertad bien entendida.

Pero no: *digitus Dei est hic*. Ann no es llegado el tiempo de nuestro eterno luzo. Por mas que se fatiguen los falsos doctores de nuestros dias en constituirnos infelices, el partido liberal tremolara sus pendones, pregonando sus conquistas. Violentem con descaro las cláusulas mas palpables de su genuino sentido, que la claridad de sus luces herirá las pupilas de los alucinados; y si la torpeza manifesta en interpretar, no fuere bastante á hacerles conocer la insuficiencia de los serviles, sobran mil constitucionales intrépidos, capaces aun de sostener con la pluma sus derechos, fuertes para presentarse denodadamente en cualquiera lid literaria, que tenga por objeto mancillar el código sagrado en su defensa; y hábiles para demostrar, que el impugnador del amante de la Constitucion es un escritor fanático, místico sin principios, y acaso acaso iniciado en el sistema pernicioso de un régimen arbitrario.

Para proceder á esta prueba se hace preciso examinar el plan de su discurso, pues esponiendo sus crasos descuidos se llegan á inferir las proposiciones arriba sentadas. En primer lugar propone el antagonista por tema esta proposicion vertida en el escrito de nuestro autor: „Si cuando Fernando recobró su libertad, debida solo á nuestros bríos

y no á las mentidas preces de los frailes." espone despues la gloria ó comento de un testo tan sencillo, pero no fundandose en razones ni analogias, sino valiendose de ofensas. Insolentes motes y atroces injurias son las bellas retóricas que adornan su discurso. Suposiciones falsas y palabras ambiguas son el alma de su papel, pues no respira otra cosa, que maledicencia y furor. Dice, que esa proposicion impia y escandalosa destruye todos los efectos de la oracion: vuelvese de nuevo á denostar al que impugna, faltando no solo á los principios de urbanidad, sino á la caridad evangelica: cita varios pasages de la escritura en confirmacion de lo poderosa que es ante los ojos del Altísimo la virtud de la oracion. Trata mil veces de ignorante, aturcido y blasfemo, al que pretende corregir: teme la terrible indignacion del Señor de las venganzas; y por último concluye, reiterando sus sanas producciones, y amonestando á la junta de censura que refrene los abusos, porque de no ejecutarse así prefiere en tono profético y á fuer de oráculo consultado, que la nacion caerá en el estado mas deplorable de horfandad, esclavitud y miseria.

Considero al lector muy sorprendido con la sencilla esposicion de ese papel, porque hasta ahora no encuentra prueba alguna, que baste á satisfacer al objeto que se propuso el antagonista. ¿Qué tiene que ver (me dirá) que Dios libertara á su pueblo muchas veces de los males que su justicia les enviaba, por medio de los actos fervorosos del espíritu, con el aserto probable del amante de la Constitucion? ¿Por ventura, éste ha negado que la oracion humilde y constante sea el único arcadúz de nuestra felicidad? Nada menos que eso. El únicamente afirma, que la libertad de Fernando se recobró por el brio patriótico que animaba á todos los españoles, y no por las mentidas preces de los frailes, esto es: no por las preces nacidas de un ánimo poco sincero, no por las oraciones tibias, no por los actos arrogantes de un corazon poco dispuesto; sino por el deseo vivo de recobrar á Fernando, cuya mocion incluye una oracion mas patética, la que unida á los medios conducentes que dictan el valor y la sagacidad humana fueron capaces de conseguir el término á que anhelaban.

En efecto: yo supongo que esta reflexion por obvia y por sencilla, le ocurrirá á cualquier lector despreocupado; pero yo quiero darle todo el realce y vigor que se merece, para destruir en lo absoluto el perverso fin que se propuso el antagonista. Primeramente noto, que aunque en dicha espresion, los frailes, se entienda una proposicion indefinida que equivalga á universal, y por esto se consideren agravadas las comunidades, se deberá advertir, que dichas proposiciones tienen este valor cuando son necesarias ó imposibles; mas cuando son contingentes ó posibles, como en nuestro caso, equivalen á particulares. Noto igualmente que no es lo mismo decir mentidas paces, que falsas paces, porque la primera voz indica un hecho contrario al espíritu del objeto, y la segunda manifiesta, que no hubo tales hechos. El amante de la Constitucion no niega que hubiera paces públicas, pidiendo por la restauracion del Monarca, solo si dice, que no fueron estas las agentes principales para redimirlo del cautiverio, porque estas fueron mentidas, pues si no se pidió con el corazon, lo que se entonaba en los palamos: si no igualó á un fervor afectado una integridad invariable de costumbres; si no se deseó la restitution del Soberano con el fin de felicitar á la pátria, sino con el de servir á los intereses privados de los Proceres ambiciosos, las oraciones y paces fueron mentidas, y por consiguiente infructuosas.

¿Y quién duda que pudo muy bien suceder así. Los falsos políticos que siempre han rodeado al trono, temieron la venida del Monarca, porque su ánimo noble y la ciega deferencia que le caracteriza en obsequio de sus pueblos, les hicieron presagiar lo que al fin ha sucedido. Vieron en Fernando el héroe mas digno de ocupar el sôllo de sus augustos predecesores: consideraron que instruido en lo concerniente á la felicidad de la nacion, trataria de procurarla aunque en su ejecucion pulsase inconvenientes: miraron sin la lente del amor propio la escasez de sus servicios, y la representacion de un desaire les hacia estremecer. ¿Y qué partido era el mas propio para evitar esta catástrofe? Seducir al clero regular con las falsas especies de que Fernando ya era victima, inmolada en las aras de la perfidia: representar odiosa la Constitucion con atribuirle los indecentes opo-

5
tetos de impia, é irreligiosa; y de este modo preparar en los ánimos tibieza, enemistad, y otros vicios de esta clase incompatibles con el buen efecto, que en caso necesario debería producir la oracion.

En el clero regular, como en toda corporacion, hay personas edificantes y virtuosas, y las hay inmorales y perversas. Ni este es defecto del estado, sino flaqueza innata en el hombre. Claro está que la seducción entraria primero por los virtuosos, para que el ejemplo de estos atrajera á los demás. Los buenos se dejarían alucinar por mil motivos; ya porque el sencillo no sospecha maldades; ya porque el religioso ajustado no se mezcla en los asuntos del siglo; y conociendo que el objeto de su mision no fué dictar leyes á los pueblos, sino distribuirles el alimento espiritual, ignora las viles maquinaciones de los cortesanos; y ya porque celoso de la honra del Señor, aborrece todo aquello que pueda en algun modo esterilizar el pensil evangélico. Los malos, unos serían comprados por el soborno, otros atraídos por la ambicion, y los mas abandonados porque su opinion nada importaba. De donde siempre resulta, que la oracion en unos y otros fué infructuosa, fué mentida; porque los unos pedían un mal sin intentarlo, y los otros pedían malamente lo que no querían; y no experimentamos los dulces efectos de nuestros votos cuando (es doctrina de S. Agustin), ó pedimos los malos, ó pedimos cosas malas, ó pedimos malamente.

Mas para dar el lleno al objeto que me propuse, y desvanecer en lo absoluto los vanos escrúpulos que haya despertado en algunas conciencias timoratas nuestro célebre antagonista, no será fuera del caso advertir, que tres son los vicios principales que inutilizan nuestras paces. Falta de atencion, carencia de humildad, y defecto de paciencia y perseverancia. (1) El que pide sin atencion, pide sin deseo; por consiguiente le falta á su oracion el requisito mas indispensable: (2) el que pide sin humildad, exige con arrogancia lo que no se merece ni aun de gracia; (3) y el que pide sin paciencia, pide sin reconocimiento ni gratitud. Todos piden sin merecimiento, todos piden insultando; y así no es mu-

(1) R. P. Vincentii Houdry. (2) S. Bernard lib. de anima.

(3) Div. Ambros. lib. de Cain et Abel. cap. 9.

cho que todos vean frustrados sus clamores. Es muy difícil probar y mas difícil el creer, que en esta proposición „los frailes” cuyo sentido como antes dije, es de particular, y por consiguiente contrahida á las oraciones de algunos, de algunas religiones, no se incurriera en uno de los vicios arriba expresados.

Sentiria infinito que mis expresiones se interpretáran con un sentido equívoco, suponiendo que abrigo ideas poco favorables acia los ministros del altar. No, jamás se ocupará mi pluma en dibujarlos con caracteres poco decorosos. Ellos merecen la mas alta estimacion en mi concepto: admiro las virtudes de muchos, siento amargamente los extravíos de algunos, y venero el caracter de todos. Si en las comunidades hay sus discolos, es porque el demonio no pierde ocasion con que desacreditar la pureza inefable de nuestra ley sacrosanta, y porque el hombre no tiene en sí sino defectos y maldades: herencia fatal que nuestro progenitor dejó vinculada á toda su posteridad.

Es una torpeza originada de indole maligna atribuirle al amante de la Constitucion las notas de irreligioso é impío. Los rasgos de una mocion varonil que se descubren en su papel, lo indemnizan de cualquier sospecha. El entusiasmo noble en que se inflama su pecho por el amor á la pátria, arguye la mas acrisolada caridad ácia sus prójimos y conciudadanos; pues esta virtud, que en lo moral es la mas excelente, se identifica con el patriotismo, que en lo político es la mas brillante. Para mí es imposible, que un hombre exáctamente penetrado del mérito de esta virtud no dirija al Criador con efusion sincera todas sus acciones, y mucho mas imposible me es, que en estas circunstancias se precipite á un abismo de impiedad é irreligion, sin que preceda con anterioridad de tiempo considerable una conducta libertina y relajada; porque es una monstruosidad contraria al orden de la naturaleza, y de la gracia, que la criatura racional iniciada en los principios del cristianismo declina rápidamente al extremo mas culpable de obcecacion, y abandono.

Los pasages de Escritura citados en comprobacion del poderoso influjo que tienen las preces de los buenos, para cubrir á los malos de las iras del cielo, y suspender los golpes amagados por la justicia divina, nada hacen á nuestro intento; porque aunque á estos se agregaran otros, tanto ó mas célebres en las páginas sagradas como si estos se niegan, ni intervinieren en ellos las fatalidades que en nuestros días, *toto Coelo* dista la paridad. En-

tonces no hubo políticos ambiciosos que sedujeran á los incautos por los temores fundados del despojo de su fortuna: no hubo regulares aislados del centro de los gabinetes; no hubo tanta multitud de perversos como en el tiempo próximo posterior, que con sus crímenes excitaran la justa indignacion del Omnipotente en el momento mas oportuno para expiar los delitos; por lo que si en aquella feliz época un puñado de gente poco aguerrida triunfaba á poca costa de formidables huestes, ahora á beneficio del brio patriótico, corto en su número; pero extensivo en sus virtudes, á merced de muchos sacrificios supo triunfar del tirano de la Europa, empuñando las armas con denuedo, y elevando en su interior los actos mas fervorosos al Eterno en obsequio de un bien el mas plausible, como lo era sin duda el libertar á un Príncipe inocente de las garras alevosas de un corso fementido, purgar la tierra de un monstruo abominable, consolidar la religion en el país beneficiado por el Evangelio, y hacer florecer á la sombra de Fernando, la Constitucion de la Monarquía Española, base y cimiento de nuestras virtudes políticas y morales.

He probado en cuanto lo permite la brevedad del tiempo y la consideracion de evitar un volumoso cuaderno, que la proposicion vertida en el discurso del amante de la Constitucion nada tiene de impia ni escandalosa: que su autor no es blasfemo: que no injuria á las comunidades religiosas: que no destruye los benéficos influjos de la oracion bien entendida. Supuestas tales verdades ¿no se deduce claramente, que quien tuerce las cláusulas de su genuino sentido por malicia ó falta de inteligencia, que quien presta el ejemplo mas pernicioso en el acto mismo de querer corregir, que quien se escuece al notar un entusiasmo fogoso en defensa de la patria, merece con toda justicia los despreciables epitetos de escritor fanático, místico sin principios, y acatado adicto á los agentes del despotismo?

Y pues he cumplido con el objeto de mi discurso, me resta únicamente convertirme á vos, Señor antagonista, á quien hasta ahora no he dirigido la palabra temeroso de que me acuséis de Ateísta, Polyteísta, ó Espinosista; pues tales extravagancias son de esperarse de un celebre tan combustible. Admiro los pasos agigantados que habeis dado por el camino de la virtud. ¡Qué bellamente cumplis con los deberes del apostolado! ¡Qué caridad tan ardiente! ¡Qué celo tan recomendable! Ea: si quereis corregir con la uncion debida á un discípulo del crucificado, ya

hieron ruegos inútiles, pues el Señor
no tiene parte en la libertad de la

que el caracter de predicador os agrada tanto, leed las epístolas de S. Pablo ad Gálatas, la celebrada obra del Evangelio en triunfo, y las cartas del Sr. Clemente XIV. Allí mamaréis el espíritu de la religion, y beberéis el dulce nectar que liban los hermosos pensiles de la militante Sion. Sed moderado en vuestras frases, que el mismo Espíritu Santo lo aconseja; no ofendais ni aun á los extraviados, que un Dios hombre no lo permite: no vulneréis á los cristianos, que la Iglesia detesta ese idioma sanguinario. Concordia, moderacion, y paciencia animen vuestras acciones, entendido de que sin el amor al prójimo no es compatible virtud alguna. Obrando de este modo, intimidareis sin escandalizar, corregireis sin zaherir, inducireis á la igualdad sin esperar los reclamos, amareis sin interés, castigareis sin capricho, y juzgareis sin preocupacion.

Ciudadanos: si el Profeta Zacarías desató su lengua en alabanzas al Criador, porque veía en el Bautista el principio de la redencion del linage humano, por la que tanto habian suspirado los primeros Patriarcas, no economizémos nuestros loores en tributar elogios encarecidos á los inmortales restauradores de nuestra sabia Constitucion. Bríndenles nuestros lábios los encomios mas enérgicos. La elocuente Caliope, y la amenísima Clio cooperen con sus bellezas á celebrar unos héroes, que serán tan memorables en los fastos de la historia. Cuando las futuras generaciones acudan á los lugares, que la piedad les destine para ocultar sus cenizas, al pie de los túmulos, invocando el auxilio del Todopoderoso, inundadas sus mejillas en el llanto mas amargo, dirán á sus descendientes: „aquí yacen los frios vestigios de los héroes mas insignes, que se han labrado en las oficinas de la virtud, para gloria del territorio español.” S. I. L.

NOTA. Por las ocupaciones de la imprenta no está publicado este papel muchos dias há. La impugnacion al segundo de F. R. saldrá en esta semana, si lo permitieren las circunstancias.

MEJICO 1820.

Impreso en la oficina de D. Alejandro Valdes.